



UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA
FACULTAD DE PSICOLOGÍA

TRABAJO FINAL DE GRADO

Monografía

El desarrollo del concepto pulsión en la obra freudiana.

Zunino Barrios, Valentina

C:I: 4.802.442-2

Tutor: Guillermo Milán

Apoyo a tutoría por Integración a Programas: Marcelo Gambini

15 de mayo de 2019

Montevideo, Uruguay.

Agradecimientos

A mi familia, pareja y amigos que me apoyaron y contuvieron a lo largo de la carrera y del proceso del trabajo final de grado.

A mis tutores, Guillermo Milán por su gran ayuda y colaboración y Marcelo Gambini por su destacada dedicación, habilidad y competencia en su labor.

Índice

1. Resumen	4
2. Introducción	5
3. Desarrollo	6
3.1 Momento inicial: Sobre la introducción del concepto de pulsión en la obra de Freud entre 1893 a 1900.	
3.2 Momento de desarrollo: Sobre la formulación freudiana del concepto de pulsión en la primera tópica (1900-1915)	
3.3 Momento de modificación: la introducción del concepto de pulsión de muerte y el establecimiento del segundo dualismo pulsional en la obra de Freud (1915-1930)	
4. Conclusión	26
5. Referencias Bibliográficas	27

Resumen

En el presente trabajo se busca dar cuenta de la teorización del concepto de pulsión a

lo largo de la obra de Freud, específicamente desde 1893 hasta 1930. Con este fin, se delimita el estudio a partir de la localización de tres momentos diferenciados de la obra freudiana: un momento inicial en el cual Freud, mediante el estudio etiológico de un cuadro clínico de histeria, introduce el concepto de pulsión de forma nominativa; un segundo momento de desarrollo en el que, a partir de la elaboración de la primer tópica, se postula la existencia de pulsiones sexuales y de autoconservación; y un tercer momento de modificación en el cual, dada la insuficiencia del primer dualismo pulsional, se introduce una modificación en la conceptualización sobre lo pulsional, instaurando un el segundo dualismo, que trajo consigo el surgimiento del concepto de pulsión de muerte, el estudio de la ligazón entre pulsión de muerte y sexualidad, y el trabajo sobre el malestar en la cultura, que permitió presentar la problemática entre la tendencia pulsional y la cultural.

Introducción

El presente Trabajo Final de Grado surge del interés personal que parte de mi trayecto por el curso optativo de Proyecto “Formación de la Clínica Psicoanalítica en el Uruguay”. Este proyecto tuvo como una de sus líneas de investigación género y psicoanálisis. En este se trabajaron temáticas en torno a la sexualidad generándome la inquietud en relación a los aportes teóricos y clínicos de Freud conduciéndome a la lectura de los mismos. De esta manera me aboqué al estudio histórico del concepto de pulsión y a plantearme ciertas interrogantes en torno a éste. ¿de qué manera se relacionaba la sexualidad con el concepto de pulsión? ¿estaría la sexualidad siempre ligada al mismo? ¿qué limitaciones encontraba Freud en el análisis clínico antes de precisar el término de forma explícita? ¿qué aportes a nivel teórico brindó a Freud para el estudio de la sexualidad infantil el concepto pulsión? En torno a su primer dualismo pulsional ¿qué llevó a Freud a determinar que la función de alimentarse encontraría su apoyo en la pulsión sexual? En cuanto al segundo dualismo pulsional ¿de qué manera se introduce el concepto de pulsión de muerte? ¿que influencia tuvo el principio de placer y el principio de realidad para conceptualizarlo? ¿acaso el concepto de pulsión de muerte sirvió a Freud para entender el malestar en la cultura?

Procurando responder a las interrogantes, presento un estudio sobre el desarrollo histórico de la teorización freudiana sobre el concepto de pulsión, centrándome en un momento inicial de nominación (que puede datarse entre 1893 y 1900), en el cual Freud introduce dicho concepto para intentar explicar la etiología de las neurosis. Posteriormente abordo un segundo momento de desarrollo del concepto (que puede delimitarse entre 1900 y 1915), en el que el mismo adquiere un alcance más amplio; donde Freud desarrolla la sexualidad infantil y establece el primer dualismo pulsional, entre pulsión sexual y pulsión de autoconservación, presentado en la primera tópica. Inmediatamente después, defino un tercer momento (cronológicamente localizable entre 1915 y 1930), de modificación, que consiste en intentar establecer las condiciones que llevan a Freud a introducir un segundo dualismo pulsional, entre pulsión de vida y pulsión de muerte, presentando la segunda tópica. Finalmente, trazo algunos atisbos de conclusión a partir de lo expuesto.

Desarrollo

Momento inicial: Sobre la introducción del concepto de pulsión en la obra de Freud entre 1893 a 1900.

Entre 1893 y 1900 Freud muestra un gran interés por los cuadros de histeria, y en particular, sobre su etiología y terapéutica. Tal interés lo llevó a preocuparse por el estudio de las excitaciones interiores y exteriores, causantes de la enfermedad, y focalizarse sobre la tensión generada por la necesidad sexual, ante lo cual introduce sus primeros desarrollos en torno a la pulsión, dando lugar a la inscripción inicial del concepto homónimo, tal como aparece en el *Historial de Emmy Von N* (Freud, 1893-1895/1985).

En la escritura del *Historial de Emmy Von N* se presenta, en la argumentación clínica, ciertos elementos que hacen pensar que allí se estarían introduciendo los primeros pasos a una conceptualización sobre lo pulsional. En su estudio etiológico de la histeria, Freud refiere a dos tipos de excitación a los que se halla sometido el organismo: las excitaciones externas, de las cuales el sujeto puede huir o protegerse y las fuentes de excitación interna, frente a las que el sujeto no puede sustraerse. En cuanto a estas últimas, particularmente en lo atinente a los dolores de su paciente, Freud señala que algunos de ellos

eran sin duda de base orgánica, condicionados por aquellas leves alteraciones (reumáticas) de músculos, tendones y haces que deparan a los enfermos de los nervios mucho más dolor que a las personas sanas; otra parte de los dolores eran, con extrema probabilidad, recuerdos de dolor, símbolos mnémicos de las épocas de emociones y de cuidado de enfermos que tanto lugar habían ocupado en la vida de la paciente. (ibid., p.109).

Nótese, al leer la cita, como no sólo es posible diferenciar dos causas del dolor, sino que, además, se reconoce el papel etiológico de lo afectivo, referido al recuerdo del dolor, lo que le permite delimitar los síntomas histéricos “como unos afectos y unos restos de excitaciones de influencia traumática sobre el sistema nervioso” (ibid., p.105). Asimismo, considerar que esta suma de excitación psíquica se transmuda en un síntoma corporal, la conversión, ante la cual es posible jerarquizar el papel psicodinámico del monto de energía ligado a la conversión entre la paciente y Freud, en tanto dicho monto es capaz de generar alteraciones del talante, de las fobias y abulias, lo que muestran una base etiológica que, si bien incluye la referencia los elementos orgánicos, reconoce el papel ideativo sobre la enfermedad, y en particular del recuerdo.

En este historial puede notarse como lo ideativo y lo orgánico se presentan articulados produciendo la etiología de histeria de Emy Von N, cuyo síntoma se presenta como una particular abstinencia sexual, que constituye “una de las ocasiones más frecuentes de inclinación a la angustia.” (ibid., p. 107). Evidencia así a la necesidad sexual como la desencadenante de la angustia, en tanto esta necesidad aparece como “tensión”, ante la cual Freud concluye que la paciente “capaz de tan intensas sensaciones, no pudo triunfar 5 sobre sus necesidades sexuales sin serias luchas y sin sufrir de tiempo en tiempo un agotamiento psíquico en el ensayo de sofocar esta pulsión, la más poderosa de todas.” (Freud, 1889,

p.120).

De esta forma, Freud, al introducir el concepto de pulsión por primera vez, como una forma de nominar y referir a la necesidad sexual, parecería asociar, en cierta medida, el concepto de pulsión al concepto de instinto, ya que, como plantea Pereira Barbosa (2018), sería posible encontrar, en la lectura de las primeras obras psicoanalíticas de Freud, a una fuerte interrelación entre las excitaciones internas –siendo la necesidad sexual ubicada como su fuente–, ante lo cual sería posible considerar que la pulsión está vinculada con lo sexual, “pero insertada en una concepción profana de la sexualidad que se define en los términos de un “cuerpo extraño” que ataca al yo y revela la eficacia actual del síntoma” (ibid., 2018, p. 47).

Ante esta particular relación entre el concepto de instinto y la conceptualización inicial de pulsión, es posible considerar que la referencia a la abstinencia sexual, en términos de “apetito sexual” –si bien refiere claramente a una necesidad biológica (instintiva)– señala el papel de la libido como una

energía postulada por Freud como substrato de las transformaciones de la pulsión sexual en cuanto al objeto (desplazamiento de las catexias), en cuanto al fin (por ejemplo, sublimación) y en cuanto a la fuente de la excitación sexual (diversidad de las zonas erógenas) (Laplanche y Pontalis, 1996, p. 210).

A partir de allí se produce cierto desplazamiento de la consideración orgánica de la excitación sexual, hasta entonces ligada a la necesidad instintiva, a una conceptualización psicodinámica que haría eje en lo energético y permitiría diferenciar instinto de pulsión.

Momento de desarrollo: Sobre la formulación freudiana del concepto de pulsión en la primera tópica (1900-1915).

Si bien antes de 1905 es posible rastrear referencias al concepto de pulsión en la obra freudiana, es a partir de *Tres ensayos sobre la teoría sexual* (1905/1984) y *Pulsiones y destinos de pulsión* (1915/1992) donde se comienza a teorizar profundamente sobre aquél.

En *Tres ensayos sobre la teoría sexual* (1905/1984) se diferencia con claridad el concepto de pulsión del de estímulo exógeno, considerando que, mientras la pulsión es “una fuente de estímulos intrasomática en continuo fluir” (Freud, 1905, p.153), el estímulo exógeno “es producido por excitaciones singulares provenientes de fuera. Así, «pulsión» es uno de los conceptos del deslinde de lo anímico respecto de lo corporal.”(ibid., p. 153), en tanto la pulsión se relaciona al papel de una carga energética que está en la fuente de la actividad motriz del organismo y del funcionamiento psíquico del inconsciente del hombre.

De esta forma, el concepto de pulsión es presentado en el mencionado texto como algo más que una necesidad o una fuerza interna que motiva tal o cual acción. Por el contrario, el concepto es exhibido como una representación psíquica de una fuente endosomática de

estimulaciones que fluyen de manera continua, de tal modo que se produce cierta distinción entre lo pulsional y una concepción puramente organicista de los estímulos internos, porque se distingue la pulsión de “la estimulación producida por excitaciones esporádicas y externas” (ibid., p. 153). A pesar de ello, sería erróneo considerar que el concepto de pulsión se aleja completamente de una referencia a lo orgánico, pues cuando Freud distingue las pulsiones, las dota de propiedades específicas basadas en “su relación con sus fuentes somáticas y con sus metas” (ibid., p.153). Y lo mismo sucede cuando considera la fuente pulsional como “un proceso excitador en el interior de un órgano, y su meta inmediata [como un intento de] cancelar ese estímulo de órgano.” (ibid., p.153) Además, al delimitar el concepto de pulsión parcial, considera que los órganos del cuerpo brindan excitaciones de dos clases: una específicamente sexual y otra correspondiente a la del órgano afectado, entendida como “la zona erógena” desde donde parte la pulsión.

En relación a la pulsión sexual, se introducen los términos de “objeto sexual a la persona de la cual parte la atracción sexual, y meta sexual a la acción hacia la cual esfuerza la pulsión” (ibid., p.123) No obstante, cabe la posibilidad de que la energía de las mociones pulsionales sea desviada del uso sexual y sea aplicada a otros fines, como en el caso de la *sublimación* (Freud, 1915b/1992), la cual adquiere relevancia por contribuir en gran medida a los diferentes logros culturales; o como ocurre con otro destino de la pulsión como *el trastorno hacia lo contrario* (ibid.), en el que pueden localizarse las “desviaciones” del objeto sexual, estudiadas por Freud principalmente en relación a los “invertidos sexuales”. En relación a ellos Freud considera que:

La hipótesis de que la inversión es innata no explica su naturaleza, como no la explica la hipótesis de que es adquirida. En el primer caso, es preciso puntualizar qué es en ella lo innato; de lo contrario se caería en la explicación más burda, a saber, que una persona trae consigo, innato, el enlace de la pulsión sexual con un objeto sexual determinado. En el otro caso, cabe preguntar si las múltiples influencias accidentales alcanzan para explicar la adquisición sin la necesaria sollicitación de algo que existiría en el individuo. Según nuestras anteriores puntualizaciones, no es lícito negar este último factor.” (Freud, 1905/1985, p. 128).

Con lo que, si bien no se descarta el papel pulsional sexual en torno a la homosexualidad, se reconoce los factores exógenos, así como se critica el carácter innato del enlace de la pulsión sexual con su objeto.

Por otro lado, en *Tres ensayos sobre la teoría sexual* (1905/1985), Freud profundiza en las desviaciones con respecto a la meta sexual, entendiendo que

la unión de los genitales es considerada la meta sexual normal en el acto que se designa como coito y que lleva al alivio de la tensión sexual y a la extinción temporaria de la pulsión sexual (satisfacción análoga a la saciedad en el caso del hambre) (ibid., p. 136).

Por ello, se considera que es posible encontrar transgresiones, que si se desarrollan plenamente podrían llevar a las aberraciones que han sido llamadas perversiones; es decir, “ciertas maneras intermedias de relacionarse con el objeto sexual (jalones en la vía hacia el

coito), como el palparlo y mirarlo, se reconocen como metas sexuales preliminares” (ibid., p. 136). Entre ellas pueden ubicarse a las transgresiones anatómicas, que son consideradas como perversiones cuando los labios entran en contacto con los genitales del otro, o cuando existe un uso sexual del orificio anal. Ante estas trasgresiones, se deduce que

ciertos lugares del cuerpo, como las mucosas bucal y anal, que aparecen una y otra vez en estas prácticas, elevan el reclamo, por así decir, de ser considerados y tratados ellos mismos como genitales. Llegaremos a enterarnos de que este reclamo está justificado por el desarrollo de la pulsión sexual (ibid., p.139).

Por último, en lo que respecta al estudio de las perversiones, si bien entre ellas ubica al fetichismo, donde el objeto sexual normal es sustituido por otro que guarda relación con él, se considera que cierto grado del fetichismo es normal en el amor –que Freud denomina “condición fetichista” (ibid.)–, mientras que la meta sexual no pueda ser alcanzada o cuando el cumplimiento de la misma es postergado. Aunque puede tornarse patológico cuando “la aspiración al fetiche se fija, excediéndose de la condición mencionada, y reemplaza a la meta sexual normal; y, además, cuando el fetiche se desprende de esa persona determinada y pasa a ser un objeto sexual por sí mismo” (Freud, 1905, p.140).

En relación con el desarrollo teórico sobre las exteriorizaciones de la sexualidad infantil, destaca el carácter llamativo del autoerotismo, donde la pulsión no está dirigida hacia otra persona u objeto, sino que se satisface en el propio cuerpo.

Al comienzo, claro está, la satisfacción de la zona erógena se asoció con la satisfacción de la necesidad de alimentarse. El quehacer sexual se apuntala [*anlehn*] primero en una de las funciones que sirven a la conservación de la vida, y sólo más tarde se independiza de ella. (Freud, 1905, p.165).

Más tarde, con la aparición de los dientes y la necesidad de independizarse del mundo exterior, al cual no puede dominar, encuentra su satisfacción sexual en el propio cuerpo, una nueva zona erógena.

De esta forma, gracias a la lectura del texto freudiano de 1905–es posible comprender que la pulsión sexual –que Freud, en su primera teoría de las pulsiones, contrapone a las pulsiones de autoconservación–, se describe como aquella pulsión que se apoya en la sexualidad sobre otras funciones somáticas, siendo un ejemplo de ello que, a nivel oral, se encuentra un apoyo de la pulsión sexual en la función nutricia.

En *Pulsiones y destinos de pulsión* (1915b/1992), Freud retoma la distinción entre el estímulo pulsional y el estímulo fisiológico, considerando que la pulsión “no proviene del mundo exterior, sino del interior del propio organismo” (ibid., p.114) y “opera como una fuerza constante. Puesto que no ataca desde afuera, sino desde el interior del cuerpo” (ibid., p.114) De este modo, Freud vuelve a ligar el concepto de pulsión al de necesidad, al considerar que “será mejor que llamemos “necesidad” al estímulo pulsional; lo que cancela esta necesidad es la “satisfacción” (ibid., p.114) De modo que, debido a que el aparato psíquico se encuentra

regulado por el principio de placer, es decir, al estar regulado por sensaciones de placer-displacer, “el sentimiento de displacer tiene que ver con un incremento del estímulo, y el de placer con su disminución” (Freud, 1915/1992, p.116).

Ante este mecanismo de satisfacción, Freud (ibid.) retoma las nociones de *esfuerzo*, *meta*, *objeto* y *fuerza*. La noción de *esfuerzo* refiere al “motor” de la fuerza pulsional, al trabajo que ella representa; con el término *meta*, se alude a la satisfacción que es posible alcanzar cancelando el estado de estimulación de la fuente de la pulsión –en el entendido de que los caminos que la alcanzan pueden ser diversos, siendo algunas metas más próximas e intermediarias, y aludiendo a la posibilidad de que las pulsiones de “meta inhibida” avancen de manera reducida en la satisfacción pulsional, de modo que luego se experimente desviación o inhibición–; por *objeto* se destaca una gran variabilidad, ya que no existe un enlace innato ni originario de la pulsión con un objeto determinado, sino que ella coordina su implicancia en busca de la satisfacción, de modo que el objeto puede no ser ajeno y ser parte del propio cuerpo; con respecto a la noción de *fuerza*, se entiende el proceso somático, interior al cuerpo u órgano cuyo estímulo es representado en la vida anímica por la pulsión.

Además, en este texto Freud distingue con claridad dos grupos de pulsiones: las yoicas o de autoconservación, y las pulsiones sexuales, entendiendo por las últimas al placer de órgano, como su carácter principal, y como destinos de éstas al *trastorno hacia lo contrario*, *la vuelta hacia la persona propia*, *la represión* y *la sublimación*.

Con respecto al *trastorno hacia lo contrario* pueden mencionarse dos procesos:

la vuelta de una pulsión de la actividad a la pasividad, y el trastorno en cuanto al contenido (...) ejemplos del primero proceso brindan los pares de opuestos, sadismo-masochismo y placer de ver-exhibición. El trastorno sólo atañe a las metas de la pulsión, la meta activa-martirizar, mirar- es reemplazada por la pasiva- ser martirizado, ser mirado (Freud, 1905, p. 122).

Y con respecto al contenido, Freud (1915b/1992) menciona la mudanza de amor en odio. En cuanto a la *vuelta hacia la persona propia*, Freud lo describe como un cambio en el objeto de la pulsión que deja inalterada la meta, pues la pulsión se dirige hacia el propio yo. Un claro ejemplo, es el masochismo, que puede ser entendido como un sadismo tornado hacia el propio yo, así como el exhibicionismo lleva incluido mirarse el propio cuerpo.

En relación a la vuelta hacia la propia persona, es destacado el abordaje de Freud (ibid.) en torno al desarrollo del concepto de narcisismo (Freud, 1915a/1992), en tanto que este concepto modificó el dualismo mencionado anteriormente (pulsión sexual/ pulsión de autoconservación), llegando a la conclusión de que en ciertas formas patológicas se muestra la retracción de la libido de los objetos externos y de una vuelta de esa libido hacia el yo que se convierte en objeto de amor. Así surge una redistribución de las pulsiones sexuales, siendo constituidas de la siguiente forma: por un lado, están las pulsiones sexuales del yo (libido del

yo o libido narcisista) y por el otro, los objetos exteriores (libido de objeto u objetal).

Procurando profundizar sobre el concepto pulsión considero pertinente referirme al caso Hans (1909) el cual significó para Freud el primer análisis de un niño. El caso es publicado posteriormente a su desarrollo de los textos “La Interpretación de los Sueños” (1900), “Análisis Fragmentario de una Histeria (Caso Dora, 1901, [1905]), “El Chiste y su Relación con el Inconsciente” (1905) y “Tres ensayos de teoría sexual”. El caso Hans le permite a Freud exponer sus tesis fundamentales desarrolladas en éste último texto y, en lo concerniente al primer dualismo pulsional, es un caso clínico con grandes aportes teóricos.

“El Historial se divide en: una “Introducción”, donde desarrolla las observaciones que hace el padre de Hans desde antes de que haya cumplido tres años; “El Historial Clínico y Análisis”, se describe el inicio de la fobia a los caballos y que constituye el tratamiento psicoanalítico que lleva a cabo el padre bajo la supervisión de Freud y por último la “Epicrisis” anuda elementos de la teoría y sobre el tratamiento de Hans.” (Pisani, 2013, p.32)

“A pesar de que en principio no era un paciente de Freud -sólo lo vio dos veces, una primera vez de niño y otra muchos años después-, es posible decir que su relación con el caso es más acorde a la modalidad de una supervisión.” (Pisani, 2013, p.32) Siendo que era el padre quien llevaba el análisis bajo la supervisión de Freud.

“Las primeras comunicaciones sobre Hans datan del tiempo en que aún no había cumplido tres años. A través de diversos dichos y preguntas, exteriorizaba ya entonces un interés particularmente vivo por la parte de su cuerpo que tenía la costumbre de designar como «hace-pipí».” (Freud, 1909, p.8)

Este gran interés, además va acompañado de tocar su miembro, lo cual Freud (1905) destaca en “*Tres ensayos de teoría sexual*” “como el carácter más llamativo de esta práctica sexual, el hecho de que la pulsión no está dirigida a otra persona; se satisface en el cuerpo propio, es *autoerótica*” (Freud, 1905,p.164) en este caso la zona erógena es el propio genital.

“A la edad de 3 y ½ su madre lo encuentra con la mano en el pene. Ella lo amenaza: «Si haces eso, llamaré al doctor A., que te corte el hace-pipí. Y entonces, ¿con qué harías pipí?». Hans: «Con la cola {Popo}-».” (Freud, 1909, p.9) Es a partir de esta escena que podemos decir que aparece inadvertidamente la ocasión del complejo de castración, el cual más tarde se instalará. De esta manera “una amenaza de la madre [pág. 9], cuyo contenido era nada menos que la pérdida del hace-pipí, probablemente fue esforzada hacia atrás {zurückdrängen} con premura, y sólo en un período posterior podrá exteriorizar su efecto. (Freud, 1909,p.88)

Continuando con su carácter de investigador, Hans presencia el baño de su hermanita y se asombra al ver el tamaño pequeño de su genital declarando “como a modo de consuelo: «Ya cuando crezca se le hará más grande».*” (Freud, 1909,p.12) Aquí se demuestra lo que más tarde plantea Freud en “La organización genital infantil” sobre el primado del genital masculino durante la infancia, afirmando que “no hay un primado genital, sino un primado del *falo*” (Freud, 1923,p.143) Este alto grado de interés del niño “plantea nuevas y nuevas tareas

a su pulsión de investigación” (Freud, 1923, p. 146)

De esta forma es que Hans no se interesa únicamente por mirar y tocar su miembro sino también por el de los demás.

“De un modo que Alfred Adler (1908) ha designado muy correctamente como «*entrelazamiento pulsional*», el placer en el miembro sexual propio se enlaza con el placer de ver, en sus plasmaciones activa y pasiva. El pequeño procura ver el hace-pipí de otras personas, desarrolla una curiosidad sexual, y gusta de mostrar el propio.” (Freud, 1909, p. 88)

Freud (1905) en “*tres ensayos de teoría sexual*” indica que las pulsiones parciales son las prevalentes en los neuróticos presentándose en pares de opuestos “ya tomamos conocimiento de ellas como promotoras de nuevas metas sexuales: la pulsión del placer de ver y de la exhibición, y la pulsión a la crueldad, configurada activa y pasivamente.” (Freud, 1905, p.151) Estos pares de opuestos indisolubles coexisten: la pulsión de ver es en principio autoerótica, encuentra el objeto de la misma en el propio cuerpo; sin embargo en un segundo momento, en vías de la comparación, se desplaza a un objeto ajeno. (Freud, 1915)

Pero más adelante, luego de la amenaza de la madre de cortar el *hace- pipí*, Hans pide a su madre que lo acompañe a “escondarse” para ir al baño, aclarando que tiempo atrás Berta y Olga (amigas de Hans) lo han mirado mientras hacía *pipí* donde demuestra claramente que “el placer de exhibición sucumbe ahora la represión” (Freud, 1909, p.19) La pulsión sexual encontró su destino, a modo de defensa, en la represión. (Freud, 1915)

El historial clínico propiamente dicho comienza con la aparición de la fobia hacia los caballos en Hans. Es luego de dos instancias prohibidoras significativas que esta fobia desencadena: la prohibición de tocar su miembro y la de no poder dormir junto a su madre “La perturbación fóbica se introduce con unos pensamientos tiernos-angustiados, y luego con un sueño de angustia: perder a la madre, de manera que: “él ya no pueda hacerse cumplidos con ella”. (Pisani, 2013, p.35)

Es durante un paseo con su madre donde Hans manifiesta verbalmente el miedo: “Tuve miedo de que un caballo me mordiera”.(Freud, 1909,p.22) Hans se muestra angustiado y luego de “hacer cumplidos” con su madre parecería que esta angustia desaparece.

Ahora bien “¿De dónde viene el material de esta fobia? Probablemente, de aquellos complejos todavía desconocidos que contribuyeron a la represión y mantienen en estado reprimido la libido hacia la madre” (Pisani, 2013, p.35)

De esta manera:

“Es esta acrecentada ternura por la madre lo que súbitamente se vuelca en angustia; lo que, según nosotros decimos, sucumbe a la represión {esfuerzo de desalojo}. Todavía no sabemos de dónde proviene el empuje para la represión; acaso resulte meramente de la intensidad de la moción, no dominable para el niño; acaso cooperen otros poderes que todavía no discernimos.” (Freud, 1909, p.23)

La angustia de Hans comienza siempre antes de acostarse, donde tiempo atrás podía “hacerse cumplidos con la madre” por tanto “es por completo transparente que al anochecer se angustia mucho, pues antes de meterse en cama lo asalta, reforzada, la libido, cuyo objeto es

la madre y cuya meta podría ser dormir junto a la madre” (Freud, 1909, p.24).

Por otro lado Hans manifiesta que el caballo tiene un *hacé-pipí* grande y esto lo ha llevado nuevamente a interesarse por éste. En sus intentos de ver el miembro de su madre fantasea que sea tan grande como el de un caballo. Freud (1909) considera que quizá “el caballo es sólo un sustituto de la madre” (Freud, 1909, p.24). Siendo que Hans también presenta curiosidad por el miembro de su madre, creyendo en principio que también tenía pene, Freud (1909) invita al padre a que sea él mismo quien explique a Hans esta diferencia, “su libido adhería al deseo de ver el hace-pipí de la mamá, el padre debía sustraerle esa meta comunicándole que ésta, y todas las otras personas del sexo femenino, como podía saberlo bien respecto de Hanna, no poseían hace-pipí alguno” (Freud, 1909,p.25)

Recordemos que Hans cada noche tiene conductas masturbatorias, por lo cual satisface su zona erógena, pero ¿a qué manera podría estar relacionada esto con su su miedo a los caballo y especialmente a que un caballo ingrese en su habitación? Hans está intentando, ya que su madre se lo impuso, evitar tocar su *hacé-pipí* antes de dormir “ lo cual condice mejor con la represión y la formación de angustia.” (Freud, 1909, p.25).

Al mismo tiempo, podríamos decir que Hans fantasea con que su *hacé-pipí* crezca junto con él y de éste

“se puede inferir que en sus observaciones él comparaba de continuo, y ha quedado muy insatisfecho con el tamaño de su propio hace-pipí. Los animales grandes le recuerdan ese déficit, y por esta razón le resultan desagradables.” (Freud, 1909, p. 31).

Por ende, es aquí donde la amenaza de castración que tuvo lugar tiempo antes tiene ahora efectos en Hans, al mencionar que cuando sea grande su miembro “ya estará crecido” y aparece “la angustia de ser despojado de esa querida pieza de su yo. ¿Conque realmente existen seres vivos que no poseen un hace-pipí? ¡No sería entonces tan increíble que le quitaran el suyo; que, por así decir, lo hicieran mujer!” (Freud, 1909,p.31).

Luego de unos días, Hans va a la habitación de sus padres ingresando a la cama con ellos. Al otro día su padre lo interroga con respecto a esta conducta. Hans relata “En la noche había en la habitación una jirafa grande y una jirafa arrugada, la grande ha gritado porque le he quitado la arrugada. Luego dejó de gritar y entonces yo me he sentado encima de la jirafa arrugada.” (Niño, 2009, p.149).

“El esclarecimiento de los sexos despierta el complejo de castración y se vincula a la fantasía de las jirafas; en la cual llega a la correspondencia entre: jirafa grande pene, grande (del padre) y jirafa arrugada (miembro de la madre), donde a través de esta fantasía Hans no puede medir su *hace-pipí* con el de su padre y el sentarse encima figura el deseo de posesión sobre la madre.” (Pisani, 2013, p.36)

Esta fantasía exteriorizada por Hans expresa el drama edípico: Freud (1909) plantea que, eliminando a su padre de la escena es que podrá estar a solas con su madre. Lo que él relata en principio como un sueño, que luego afirma que estuvo pensándolo, es la manifestación de la fantasía para Hans.

Luego de la escena de las jirafas Hans relata una fantasía en la cual involucra a su

padre, donde se podría estar introduciendo las nociones de transgresión y castigo para él “He viajado contigo en el ferrocarril y hemos roto una ventanilla, y el guarda nos ha llevado”[a partir de la cual, según Freud Hans vislumbra que está prohibido ponerse en posesión de la madre.”(Pisani,2013, p.36)

“Todas las mañanas Juanito se presenta en la habitación y la madre lo mete con ella en la cama, mientras el padre le recrimina por la acción (la jirafa grande grita, porque Juanito le ha quitado la arrugada). A lo que ella responde que tan poco tiempo no puede producir ningún efecto negativo y Juanito se queda con la madre por un ratito (luego la jirafa grande deja de gritar y luego Juanito se sienta encima de la jirafa arrugada)” (Niño, 2013, p.149).

Siendo que Hans está atravesando el complejo de Edipo visualiza a su padre como un competidor pero sintiéndose en desventaja por su tamaño de *hace- pipí*. De modo que vivencia sentimientos tierno-hostiles, ya que por un lado siente cariño por él y por el otro aparece como el que se antepone entre el amor de Hans y su madre. (Freud, 1909).

Es importante destacar el papel del juego en Hans que a desempeñado de un tiempo hacia aca, donde puede escenificar su fantasía de deseo. El juega a ser un caballo

“trotta en torno de la habitación, cae al suelo, patalea, relincha. En cierto momento se ata una bolsita a modo de morral. Repetidas veces se abalanza sobre mí, y me muerde. Acepta, pues, las últimas interpretaciones más decididamente de lo que podría hacerlo con palabras, pero, desde luego, permutando roles, puesto que el juego está al servicio de una fantasía de deseo. En consecuencia, él es el caballo, él muerde al padre; por lo demás, así se identifica con el padre.” (Freud, 1909, p.45)

De todos modos, cabe destacar que Freud, mediante interpretación de pequeños detalles que Hans atribuye al caballo, señala que Hans siente miedo al padre prohibidor y es mediante la angustia, miedo a los caballos, que Hans logra resolverlo.

Volviendo sobre la escena del juego, es pertinente aludir a los pares de opuestos que establece Freud en “pulsiones y destinos de pulsión” se encuentra el sadismo-masoquismo. En sus sentimientos tierno-hostiles hacia su padre se manifiesta el sadismo hacia él. Siendo que en la pulsión de ver- exhibir la meta es primero activa y luego pasiva, en el sadismo desde el comienzo se dirige a un objeto ajeno, pero igualmente mas tarde se vuelve contra la persona propia, es decir, masoquista. (Freud, 1915)

Su interés también pasa sobre el *Lumpf*:

“en el curso de su fobia es inequívoca la represión de estos dos componentes del quehacer sexual, bien marcados en Hans. Le da vergüenza orinar delante de otros, se acusa de pasarse el dedo por el hace-pipí, se empeña en resignar también el onanismo, y le produce asco el «*Lumpf*», el «pipí» y todo cuanto los recuerde” (Freud, 1909, p.89)

De esta manera exterioriza el asco a todo lo que tenga que ver con la evacuación del intestino.

También surge el miedo a los carruajes con pesada carga Freud (1909) a este miedo lo interpreta como el miedo a la “carga” que llevó su madre en el vientre, su hermanita Hanna, siendo que es Hans quien lo vive como una carga, ya que lo ha desplazado de su lugar privilegiado frente a su madre.

Considero pertinente referirme a la escena de la bañera en donde Hans manifiesta

tener miedo a caerse dentro de la bañera, ahogarse. Ante lo expresado por el niño, su padre le pregunta “«Estando tú ahí cuando mami bañaba a Hanna, ¿quizá deseaste que ella soltara la mano para que Hanna se cayera adentro?».” (Freud, 1909, p.57) A lo que él responde que sí. ¿Acaso no estaría aquí de manifiesto lo que más tarde Freud (1920) plantea en su segundo dualismo pulsional con respecto a la pulsión de muerte? De modo que, contraponen las pulsiones de vida a las pulsiones de muerte y alude a éstas últimas como las encargadas de reducir las tensiones, volviendo al ser vivo a un estado inorgánico. Más específicamente “Las pulsiones de muerte se dirigen primeramente hacia el interior y tienden a la autodestrucción; secundariamente se dirigirían hacia el exterior, manifestándose entonces en forma de pulsión agresiva o destructiva.” (Laplanche y Pontalis, 1996, p.336) Hans demuestra sus sentimientos ambivalentes hacia Hanna, ya que tiempo antes afirmaba su cariño por ella conjuntamente con su pulsión agresiva al desear que Hanna caiga en la bañera y muera.

Me limito a únicamente esbozar lo que Freud podría estar aludiendo de forma implícita al concepto de pulsión de muerte, más adelante en el texto lo trataré con mayor exhaustividad.

Freud en la *Epicrisis* designa este caso de fobia en principio como una “histeria de angustia”, describiendo su cualidad fundamental de esta manera: “la libido desprendida del material patógeno en virtud de la represión no es *convertida*, no es aplicada, saliendo de lo anímico, en una inervación corporal, sino que se libera como angustia”(Freud, 1909, p.94) y continúa “así como una mera histeria de angustia que se exterioriza en sensaciones de angustia y fobias, sin suplemento de conversión; un caso de esta última variedad es el de nuestro pequeño Hans.” (Freud, 1909,p.94) Existe un trabajo psíquico continuo para volver a ligar psíquicamente esta angustia, introduciendo la prohibición, la inhibición y la precaución como las vías para establecer esta ligazón “y son estas construcciones protectoras las que se nos aparecen como fobias y constituyen para nuestra percepción la esencia de la enfermedad.” (Freud, 1909, p.95)

Momento de modificación: la introducción del concepto de pulsión de muerte y el establecimiento del segundo dualismo pulsional en la obra de Freud (1915-1930).

Entre 1915 a 1930, Freud continúa desarrollando su teorización sobre lo pulsional, en varios escritos, siendo *Más allá del principio de placer* (1920/1985) una obra central en lo que respecta a la modificación de la conceptualización sobre lo pulsional, al introducir el concepto de *pulsión de muerte*.

Al iniciar el estudio de la obra, es posible notar como Freud afirma que los procesos anímicos son regulados por el principio de placer:

creemos que en todos los casos lo pone en marcha una tensión displacentera, y después adopta tal orientación que su resultado final coincide con una disminución de aquella, esto es, con una evitación de displacer o una producción de placer. (ibid., p. 7),

a partir de lo cual es posible notar la referencia a un incremento del estímulo pulsional que

puede provocar displacer, o una satisfacción ligada al placer.

Más adelante, Freud (ibid.) realiza una serie de objeciones con respecto a que todos los procesos anímicos se rijan mediante el principio de placer, dado que existen ciertas fuerzas que parecerían actuar contrariamente a este principio y tan sólo logran el placer mediante un rodeo, lo cual indica una mediación ante el logro del placer, que indica su articulación con otro principio: el principio de realidad, el cual:

...exige y consigue posponer la satisfacción, renunciar a diversas posibilidades de lograrla y tolerar provisionalmente el displacer en el largo rodeo hacia el placer. Ahora bien, el principio de placer sigue siendo todavía por largo tiempo el modo de trabajo de las pulsiones sexuales, difíciles de «educar»; y sucede una y otra vez que, sea desde estas últimas, sea en el interior del mismo yo, prevalece sobre el principio de realidad en detrimento del organismo” (ibid., p.10).

Por otro lado, Freud (ibid.) menciona que algunas de las aspiraciones pulsionales entran en contradicción con el yo, por lo que son escindidas y reprimidas; “se las retiene en estadios inferiores del desarrollo psíquico y se les corta, en un comienzo, la posibilidad de alcanzar satisfacción.” (ibid., p.10), hasta que, mediante algún camino colateral, logren conseguir dicha satisfacción, aún a costo de ser sentidas de manera displacentera por el yo.

Sobre este rodeo en la satisfacción pulsional, Freud (1920/1985) alude, como ejemplo, al caso de su nieto, Ernst, un niño de 18 meses quién, por medio del juego conocido como el *Fort-Da*, vivenciaba la situación traumática de la desaparición-aparición de su madre. Dicho niño arrojaba un carretel de hilo y luego tiraba de él para traerlo hacia sí mismo.

Entonces, ¿cómo se concilia con el principio de placer que repitiese en calidad de juego esta vivencia penosa para él? Acaso se responderá que jugaba a la partida porque era la condición previa de la gozosa reaparición, la cual contendría el genuino propósito del juego. (Freud, 1920/1985, p. 15).

Con este ejemplo Freud comienza a introducir el concepto de *compulsión a la repetición* preguntándose ¿de qué modo se entrama lo pulsional con la compulsión a la repetición?

Una pulsión sería entonces un esfuerzo, inherente a lo orgánico vivo, de reproducción de un estado anterior que lo vivo debió resignar bajo el influjo de fuerzas perturbadoras externas; sería una suerte de elasticidad orgánica o, si se quiere, la exteriorización de la inercia en la vida orgánica (ibid., p.36).

A partir de esta definición, Freud (ibid.) deduce el carácter conservador de las pulsiones y considera que hay una tendencia a volver a lo anterior, a la muerte.

Ha de ser más bien un estado antiguo, inicial, que lo vivo abandonó una vez y al que aspira a regresar por todos los rodeos de la evolución. (...). La meta de toda vida es la muerte; y, retrospectivamente: Lo inanimado estuvo ahí antes que lo vivo (Freud, 1920, p.38).

Ante esta concepción pulsional, bajo el entendido de que el organismo percibe todo aumento de tensión como displacentero, quedaría evidenciado el porqué del retorno a lo inorgánico, pues “la Pulsión de Muerte puede ser asociada a orden, quietud, tranquilidad, una

paz que se procura a través de su actuar silencioso” (Castro, 2011, p. 30).

La pulsión de muerte, tiene mucho que ver con las pulsiones yoicas (que buscan preservar al individuo), pero de alguna forma para llegar a la muerte, por causas internas. Opuesta a ésta se encontraría la pulsión sexual, de vida, que no busca la muerte sino la preservación de la especie. En palabras del autor, “las que pretenden conducir la vida a la muerte, y las otras, las pulsiones sexuales, que de continuo aspiran a la renovación de la vida, y la realizan (Freud, 1920/1985, p.45).

Entre la pulsión de vida y la de muerte puede existir una tensión y una ligazón, lo cual obliga a Freud a reinterrogarse sobre el sadismo y el masoquismo. En lo referente al sadismo, Freud se pregunta:

¿cómo podríamos derivar del Eros conservador de la vida, la pulsión sádica, que apunta a dañar el objeto? ¿No cabe suponer que ese sadismo es en verdad una pulsión de muerte apartada del yo por el esfuerzo y la influencia de la libido narcisista, de modo que sale a la luz sólo en el objeto? Después entra al servicio de la función sexual; en el estadio de organización oral de la libido, el apoderamiento amoroso coincide todavía con la aniquilación del objeto; más tarde la pulsión sádica se separa y cobra a la postre, en la etapa del primado genital regido por el fin de la reproducción, la función de dominar al objeto sexual en la medida en que lo exige la ejecución del acto genésico.” (ibid., p.52).

De esta manera, la cita de Freud se refiere a una ligazón entre la pulsión agresiva y la pulsión sexual, aunque tal posibilidad no es exclusiva del sadismo, pues en el masoquismo existiría una reversión del sadismo hacia el propio yo, ante lo cual es posible concluir que:

...la mayoría de las veces la Pulsión de Muerte se da a conocer por su interacción con Eros, al punto que se la describe siempre en función de la Pulsión de Vida (presente o ausente), “es verosímil que debemos reconocer dos tipos de pulsión correspondientes a procesos antagónicos de construcción y deconstrucción en el organismo”. “Eros y la pulsión de muerte forman en conjunto un sistema binario particular donde el uno no existe jamás, y no puede existir, sin el otro. Juntos, pueden crear una infinidad de formas de vida y de muerte” (Castro, 2011, p.30).

Así es posible ver la potencia del concepto de pulsión de muerte para el entendimiento de estas patologías, aunque su articulación no se limita a ello. Freud (1920/1985), al referirse a la transferencia, considera que:

el enfermo puede no recordar todo lo que hay en él de reprimido (...) Si tal sucede, no adquiere convencimiento ninguno sobre la justeza de la construcción que se le comunicó. Más bien se ve forzado a repetir lo reprimido como vivencia presente, en vez de recordarlo, como el médico preferiría en calidad del fragmento del pasado (ibid., p.18).

Es en esta repetición, en transferencia, donde la resistencia debería encontrarse al servicio del principio de placer; “en efecto quiere ahorrar el displacer que se excitaría por la liberación de lo reprimido” (ibid., p.20). Sin embargo, la compulsión a la repetición conlleva displacer al “sacar a la luz” mociones pulsionales reprimidas, aunque ello no contradice al principio de placer, ya que, si bien se genera displacer en un sistema (en el sistema consciente), se genera satisfacción en otro (en el sistema inconsciente).

Ante esta división entre consciente e inconsciente, Freud (1920/1985) considera que el sistema percepción-conciencia debería encontrarse en el límite entre mundo exterior e interior, y que las excitaciones del mundo exterior, que llegan al interior, pueden ser percibidas como placenteras o displacenteras, aunque este sistema no contiene huellas mnémicas, pues “la conciencia surge en reemplazo de la huella mnémica” (Freud, 1920, p.25).

Debido a que el sistema de percepción-conciencia no tiene una membrana que proteja las excitaciones internas, las pulsiones que contienen energía libre pueden provocar alguna perturbación comparable a las excitaciones externas, aunque la tarea de los estratos superiores del aparato anímico es la de buscar ligar esa energía y prepararla para su tramitación (ibid.).

Las fuentes más proficuas de esa excitación interna son las llamadas «pulsiones» del organismo: los representantes *[Repräsentant]* de todas las fuerzas eficaces que provienen del interior del cuerpo y se transfieren al aparato anímico; es este el elemento más importante y oscuro de la investigación psicológica.” (ibid., p. 34).

Ante la “oscuridad” e importancia de la investigación sobre la pulsión, Freud continua su estudio en *El problema económico del masoquismo* (1924/1985), donde plantea una irreconciliable relación entre el principio de placer y el masoquismo, ya que la meta de este último estaría relacionada con sensaciones de dolor, a partir de lo cual, sería necesario indagar más profundamente la relación de las pulsiones de vida y muerte con el principio de placer.

Para ello Freud (ibid.) plantea tres tipos de masoquismo: erógeno, femenino y moral. El primero se lo relaciona con la excitación sexual, específicamente a la pulsión sexual de recibir dolor; el segundo refiere a la fantasía de ser dominado (atado, amordazado, golpeado, etc.), ante la cual “el masoquista quiere ser tratado como un niño pequeño, desvalido y dependiente, pero, en particular, como un niño díscolo (...) vale decir significa ser castrado, ser poseído sexualmente o parir” (ibid., p. 168); el tercero refiere a una modalidad de masoquismo que parte de la relación con la persona amada y es tolerado por ella, siendo el padecer en sí lo significativo, la cualidad, por ende se aleja de la sexualidad.

Respecto a esto último, a modo de ejemplo, Freud hace referencia a *la reacción terapéutica negativa*, la cual tiene que ver con la necesidad de castigo, que se satisface con el padecer neurótico, (Freud, 1924/1985). Frente a éste, el superyó toma sobre sí componentes sádicos y los dirige al yo “maltratándolo”. De modo que el yo, con su tendencia masoquista, reacciona con sentimiento de culpa (angustia de la conciencia moral) ante la percepción de que no está a la altura de los reclamos que le dirige su ideal. Esta vuelta hacia la persona propia, hacia el yo, ocurre “regularmente a raíz de la sofocación cultural de las pulsiones, en virtud de la cual la persona se abstiene de aplicar en su vida, buena parte de sus componentes pulsionales destructivos” (ibid., p. 175)

A partir del estudio del masoquismo Freud (ibid.) retoma su trabajo sobre el complejo de Edipo, el cual consiste en proponer que el hijo varón tiene deseos inconscientes de apoderarse de su madre, y, para ello tiende a desear la desaparición del padre. La amenaza de castración es aquello que lo lleva a introyectar la autoridad del padre, y a dar lugar a la conformación del superyó, a saber, una instancia interdictora que “deriva de la transformación de las primeras investiduras de objeto del niño en identificaciones: ocupa el sitio del complejo de Edipo” (Freud, 1923/1992, p. 10).

De este modo, Freud articula el concepto de pulsión de muerte en torno a la sexualidad y al complejo de Edipo, aunque en 1930 da un paso más en su teorización, pues en *El malestar en la cultura* (1930[1929/1985]), Freud retoma el concepto de pulsión para pensar la problemática de la tensión entre la tendencia pulsional y la cultural. Así

...por un lado, se introduce la pulsión de muerte en el razonamiento; por otro, en relación a lo anterior, se sitúa en relación a la sexualidad y sus restricciones, la regimentación del trabajo, bajo el supuesto que la “libido” debe ser distribuida de modo tal, tiene que poder mantener la existencia del sujeto y de la propia cultura. (Cabrera, 2005, p.60).

Así comienza su desarrollo en cuanto las exigencias de la cultura y los propósitos que cada sujeto en su individualidad quiere alcanzar. Tanto es así que

...el programa cultural se rige por el principio del placer teniendo como horizonte la dicha del individuo; por otro, su propia dinámica lo lleva “inevitablemente” a la desdicha generalizada, vivida en la diferencia de cada individuo particular: el malestar en la cultura. (Cabrera, 2005, p.60)

Todo ser humano tiene como propósito alcanzar la felicidad; aparece nuevamente el concepto de principio de placer encargado de evitar toda sensación displacentera y a vivenciar todo placer posible. Es decir, se apunta “a formar un puro yo-placer, al que se contraponen un ahí-afuera amenazador” (Freud, 1930[1929]/1985, p.68) Desde esta perspectiva parece contradictorio; sin embargo, no son más que los componentes de un par necesario. De acuerdo con Cabrera

hay cultura en tanto hay aparato psíquico, hay aparato psíquico en tanto hay cultura. Tal como se ha observado en la tesis sobre “Tótem y Tabú”, en donde la clave sobre el origen está dada por la organización del deseo, de las exigencias pulsionales, el tabú del incesto, el carácter sádico del coito, la angustia de castración, la seducción, todos los fantasmas originarios propios de la formación del aparato psíquico, son parte de la formación de la cultura. (2005, p.60).

Desde esta perspectiva, Freud (1930[1929]/1985) continúa con su hipótesis de que es el principio de placer el que fija los fines de la vida y su contrapartida: el principio de realidad.

¿Qué es lo que los seres humanos mismos dejan discernir, por su conducta, como fin y propósito de su vida? ¿Qué es lo que exigen de ella, lo que en ella quieren alcanzar? No es difícil acertar con la respuesta: quieren alcanzar la dicha, conseguir la felicidad y mantenerla. Esta aspiración tiene dos costados, una meta positiva y una negativa: por una parte, quieren la ausencia de dolor y de displacer; por la otra, vivenciar intensos sentimientos de placer (ibid., p.76).

Por ende, lo que el principio de placer busca satisfacer, inmediatamente la cultura lo realiza de forma retardada. “La razón de ello es que una parte importante de la libido, de Eros, debe ser coartada en su fin, debe ser desexualizada para así contener su contrapartida, la pulsión de muerte” (Cabrera, 2005, p.61). Mientras Eros defiende la vida, obtiene frustración frente al principio de placer debido a que su satisfacción no se encuentra en una meta inmediata. Además, debe aceptar las restricciones del mundo externo, así como el infante comienza a discernir entre yo no-yo mediante la aparición o desaparición del pecho materno, siendo lo real tanto placentero como displacentero (ibid.). Mucho de lo que genera placer no es yo, sino objeto y mucho de lo que genera displacer es interno, y la capacidad de distinguirlos como tales se debe al principio de realidad (Freud,1930[1929]/1985).

La cultura, además, se encarga de poner limitaciones a la sexualidad: “las limitaciones al principio del placer, la necesidad de fortalecer la corriente tierna o la sexualidad coartada en su fin, conteniendo así la agresividad y la destrucción, a través de la identificación y, principalmente, la instauración del Super yo.” (Cabrera, 2005, p.61).

Así, por un lado, la cultura del trabajo, para poder vivir en comunidad, se presenta como una necesidad, siendo que la energía libidinal es ilimitada, la tarea consta en tramitarla, en desexualizar parte de la pulsión erótica. (ibid.). Frente a las pulsiones más destructoras, se presenta el desplazamiento libidinal y la sublimación como una de sus metas que menos desestimación por parte del mundo exterior tendrá y las describe como “más finas y superiores, pero su intensidad está amortiguada por comparación a la que produce saciar mociones pulsionales más groseras, primarias; no conmueven nuestra corporeidad” (Freud, 1930[1929]/1985, p.79). Por tanto, la cultura, por un lado, nos provee de sensaciones placenteras, nos protege frente a la naturaleza y regula los vínculos entre los seres humanos y, por otro, nos obliga a resignar caminos hacia el placer inmediato. (ibid.).

El individuo no es “malo” en su interioridad, nos muestra Freud. Las tendencias pulsionales no se mueven en un sentido ético, trabajan más allá del bien y del mal. La ética cobra apertura desde otro lugar, desde la civilización, en donde ella prescribe lo tachable y lo aceptable. Esa prescripción se cristaliza en la “Ley”, entendida en su aspecto jurídico, normativo, relacional, desde la cual todo acto individual realizado en un marco social, en el marco de un Estado de Derecho, goza de deberes y derechos marcados con anterioridad. (Cabrera, 2005, p.65)

La justicia se muestra como proveedora de derechos, sacrificando ciertas pulsiones y evitando ser víctimas de la violencia bruta, o bien, sublimándolas. Por tanto, ¿no sería la sublimación un destino de pulsión impuesto por la cultura con un fin regulador? y lo que es más, implica un grado de renuncia a lo pulsional, que lo sofoca y reprime (Freud, 1930[1929]/1985) “Dicho de otro modo, la Cultura logra tramitar la agresividad, en términos generales, a través de dos medios, ambos articulando ley-transgresión-castigo a su manera y en ámbitos radicalmente distintos: su instauración, sus efectos.” (Cabrera, 2005, p.68).

Si la pulsión agresiva es una disposición pulsional autónoma, la cultura encuentra en ella su mayor obstáculo. Por lo tanto, buscará reunirse con Eros y formar la humanidad, pero “estas multitudes de seres humanos deben estar ligados libidinosamente entre sí” (Freud, 1930[1929]/1985, p.118), luchar contra la hostilidad de todos contra todos.

Tiene que enseñarnos la lucha entre Eros y Muerte, pulsión de vida y pulsión de destrucción, tal como se consume en la especie humana. Esta lucha es el contenido esencial de la vida en general, y por eso el desarrollo cultural puede caracterizarse sucintamente como la lucha por la vida de la especie humana (Ibid., p.118).

Cuando introduce el concepto de compulsión a la repetición y el carácter conservador de las pulsiones, se concluyó que la pulsión, además de conservar la vida, buscaba regresar a un estado anterior, volver al estado inorgánico: junto a Eros, la pulsión de muerte que trabajaba muda dentro. Parte de ésta pugnaba por salir en calidad de agresión y destrucción; así se ponía al servicio de Eros, aniquilando a un otro animado o inanimado y no a sí mismo. Si ésta era limitada, se volvía autodestructiva. Así se generaba un par insoluble. Mientras el sadismo significa la liga de aspiración de amor y pulsión de destrucción, el masoquismo es esa destrucción dirigida hacia adentro mediante la sexualidad. Inhibida de su meta, la pulsión de destrucción, dirigida a los objetos, fuerza al yo a satisfacer sus necesidades vitales y el dominio de la naturaleza. (Ibid.)

De la propia renuncia a lo pulsional se crea la conciencia moral que implica cada vez más renunciaciones, o busca otros caminos como el de la sublimación que, además, pueden colaborar con la cultura, por ejemplo, el arte. El bien y el mal no implican lo dañino o perjudicial para el yo, afirmaba Freud (1930[1929]/1985); de lo contrario, puede ser lo que anhela el yo, pero la influencia ajena es la que lo determina, obligándonos a renunciar a nuestras pulsiones en función del otro. El solo hecho de pensar en actuar “mal” y ser descubiertos, nos produce culpa y angustia. Sin embargo, el peligro aparece al sentirnos descubiertos, empero, “ante el superyó nada puede ocultarse, ni siquiera los pensamientos” (Ibid., p. 121).

La secuencia temporal sería, entonces: primero, renuncia de lo pulsional como resultado de la angustia frente a la agresión de la autoridad externa —pues en eso desemboca la angustia frente a la pérdida del amor, ya que el amor protege de esa agresión punitiva—; después, instauración de la autoridad interna, renuncia de lo pulsional a consecuencia de la angustia frente a ella, angustia de la conciencia moral. En el segundo caso, hay igualación entre la mala acción y el propósito malo; de ahí la conciencia de culpa, la necesidad de castigo. La agresión de la conciencia moral conserva la agresión de la autoridad. (Ibid., p. 124).

Ahora bien, ¿desde dónde parte el sentimiento de culpa?

...se retrotrae a la ambivalencia hacia el padre, el amor y el odio asociado a él. Luego del intento de agresión hacia él, del parricidio de la horda, o el ejecutado en la fantasía del niño, por ser rival y obstáculo frente a los deseos incestuosos hacia la madre, se manifiesta el amor hacia él a través de la culpa: arrepentimiento por hacerle o desearle, para este caso es lo mismo, el mal a alguien amado, luego de la identificación con él. (Cabrera, 2005, p.69).

Pero ¿cómo se llega a sofocar la pulsión agresiva?

La agresión es introyectada, interiorizada, pero en verdad reenviada a su punto de partida; vale decir: vuelta hacia el yo propio. Ahí es recogida por una parte del yo, que se contrapone al resto como superyó y entonces, como «conciencia moral», está pronta a ejercer contra al yo la misma severidad agresiva que el yo habría satisfecho de buena gana en otros individuos, ajenos a él. (Freud, 1930[1929]/1985, p.119).

La conciencia de culpa nace justamente de la tensión entre el superyó que se vuelve severo y el yo que está sometido. “Por consiguiente, la cultura yugula el peligroso gusto agresivo del individuo debilitándolo, desarmándolo, y vigilándolo mediante una instancia situada en su interior, como si fuera una guarnición militar en la ciudad conquistada.” (ibid., p. 120).

Existe, por ende, a grandes rasgos, dos tipos de sentimiento de culpa: el generado a raíz de la angustia frente a la autoridad y el surgido a partir del superyó. El primero puede ser abatido mediante la renuncia, pero frente al superyó no puede esconderse el deseo persistente; el superyó se manifiesta con dureza creando el sentimiento de culpa, “pues el sentimiento de culpa es la expresión del conflicto de ambivalencia, de la lucha eterna entre el Eros y la pulsión de destrucción o de muerte” (Freud, 1930[1929]/1985, p128). Y la angustia que genera deviene necesidad de castigo, volviéndose “masoquista bajo el influjo del superyó sádico, vale decir, que emplea un fragmento de la pulsión de destrucción interior, preexistente en él, en una ligazón erótica con el superyó.” (Ibid., p.132).

Por tanto, la cultura viene a ser una defensa ante las expresiones de disolución guiadas por las tendencias de la pulsión de muerte, una defensa frente a la agresividad, como también de la corriente sensual pura, puesto que es necesaria la corriente tierna para la mantención de las relaciones sociales en sociedad. (Cabrera, 2005, p.72)

Entonces ¿a qué se refiere Cabrera con esta corriente tierna? Si la cultura, como nos es impuesta, resulta altamente gravosa, “para soportarla, no podemos prescindir de calmantes (...) Los hay, quizá, de tres clases: poderosas distracciones, que nos hagan valuar en poco nuestra miseria; satisfacciones sustitutivas, que la reduzcan, y sustancias embriagadoras que nos vuelvan insensibles a ellas.” (Freud, 1930[1929]/1985, p.75). Se trata de distracciones que se proponen como amortiguador de la cultura vía intoxicación, donde el sujeto logra aislarse de la realidad y se refugia en el propio cuerpo donde parece estar más seguro.

Otra de las vías de escape a la realidad que propone Freud (ibid.) es el de vivir en eterna fantasía; empero, sólo podrá concretarse si tal delirio es compartido. Plantea a las religiones como un ejemplo de delirio de masa: “quien comparte el delirio, naturalmente, nunca

lo discierne como tal” (ibid., p.81); quita la posibilidad al sujeto de elegir, imponiendo vías de acceso a la dicha, desfigurando la realidad. Por último, plantea el amar y ser-amado como otro de los métodos amortiguadores de sufrimiento, diferenciándolo de los anteriores. “No se extraña del mundo exterior, sino que, al contrario, se aferra a sus objetos y obtiene la dicha a partir de un vínculo de sentimiento con ellos” (ibid., p.81).

Sin embargo, esta vía de escape aparece como riesgosa, puesto que el sujeto enamorado se encuentra débil, por ende, hay quienes alcanzarían la dicha por esta vía, pero con algunas modificaciones: estas últimas pueden vincularse al amor fraterno, dejando de ser de carácter exclusivo como lo es el genital. (Freud, 1930[1929/1985]). Así, las pulsiones

se independizan de la aquiescencia del objeto desplazando el valor principal, del ser-amado, al amar ellas mismas; se protegen de su pérdida no dirigiendo su amor a objetos singulares, sino a todos los hombres en igual medida, y evitan las oscilaciones y desengaños del amor genital apartándose de su meta sexual, mudando la pulsión en una moción de meta inhibida. (ibid., p.99).

Freud (ibid.) plantea, por un lado, que el amor sexual se basa en dos personas, que no necesitan de un tercero, y, por el otro, que la cultura pugna por establecer vínculos de varios seres humanos; lo que es más, los obliga a “amar a su prójimo como a sí mismos”, mandamiento judeocristiano que cae en el cuestionamiento de ¿por qué amar a un extraño? y también en la posibilidad de sofocar las pulsiones agresivas en él; “las pasiones que vienen de lo pulsional son más fuertes que unos intereses racionales. La cultura tiene que movilizarlo todo para poner límites a las pulsiones agresivas de los seres humanos, para sofrenar mediante formaciones psíquicas reactivas sus exteriorizaciones.” (ibid., p.109).

Ahora bien, ¿cuál es el vínculo entre el principio de placer y el de realidad si éstos deben coexistir en un sujeto “socialmente adaptado”? Ambos constituyen

principios que rigen de manera preponderante en el proceso primario y el proceso secundario respectivamente. Si se quiere, y no de manera rígida, principios organizadores de lo lcc y el Prcc-Cc, su intercambio y su conflicto. Un caso de ello es el “extrañamiento” que experimentan los neuróticos y los psicóticos de la realidad. Ese “extrañamiento” señala los vínculos entre ambos principios. Un sujeto puede estar más lejos o más cerca de la realidad, su realidad. ¿Qué puede ser en ese caso lo real? (...) El aparato psíquico se guía por el principio del placer, particularmente el lcc, que entra en comercio, por una necesidad interna, diríamos, por sus condiciones estructurales y su dinámica, con la realidad y con los sistemas Prcc-Cc. Es el primero que pone en los segundos la realidad, quedando fuera de la percepción lo reprimido. Lo lcc impone la necesidad del placer. El primer acto para la consecución es poner “lo pensado” en forma alucinatoria como forma de satisfacción. La satisfacción no es lograda, cae en ausencia, haciendo patente la ineficacia de la alucinación (Cabrera, 2005, p.73).

Entendiendo que la cultura ha sido la encargada de aplicar las grandes restricciones

pulsionales (siendo propia creación del ser humano), vale decir que, para lograr la eficaz adaptación a la misma y la posible convivencia, no podemos menos que referir a la religión y sus mandamientos, los cuales instauraron las bases para el mismo. “El mandamiento «Ama a tu prójimo como a ti mismo» es la más fuerte defensa en contra de la agresión humana, y un destacado ejemplo del proceder psicológico del superyó de la cultura.” (Freud,1930[1929/1985]. p. 138). Otro mandamiento llamativo de la religión es de ofrecer un “más allá mejor”, ¿no sería más que volver a un estado anterior, al estado inorgánico que persigue la pulsión de muerte?

A lo largo de la historia hemos intentado buscar “responsables” de justicia en distintos lugares, así como el tótem era el lugar de refugio del alma, para algunos es la iglesia, el Dios, para otros lo es la Ley. Distintos lugares o sentimientos han forjado en pos de una sociedad organizada: la cultura. El gran producto de los seres humanos y que tanta angustia nos genera. Tanto es así que Freud propone que seríamos mucho más felices si volviéramos a condiciones primitivas.

Conclusión

Al estudiar el desarrollo del concepto de pulsión en la obra freudiana, es posible notar que en un primer momento Freud introduce el concepto de pulsión de una forma en la que parece ligar tal concepto al de necesidad sexual –como si la pulsión tuviera cierta relación con lo instintivo–. Presentando el análisis de un caso de histeria es que Freud jerarquiza el papel de lo afectivo, aludiendo tanto a excitaciones internas como externas para la determinación del cuadro etiológico, atribuyendo a la angustia un rol determinante. Esto lo conduce necesariamente a aludir al concepto de pulsión en principio de forma implícita.

Posteriormente Freud diferencia el concepto de necesidad sexual,-en términos de apetito sexual-, al de pulsión al distinguir durante la primera tópica, el estímulo externo de lo pulsional. Tal diferenciación lo lleva a considerar la pulsión como una fuente de estimulación permanente, y a establecer una separación, a la vez que una articulación, entre pulsión sexual y pulsión de autoconservación. En su desarrollo en torno a la pulsión sexual, define los términos meta, esfuerzo, fuente y objeto sexual. Esto le permitió la teorización de los destinos pulsionales

identificándolos por un lado de acuerdo a la relación del sujeto con el objeto y por otro de acuerdo a la meta de la pulsión.

En relación a esto se trabajó el caso Hans significando la exposición y profundización de las teorías freudianas desarrolladas hasta ese momento, de modo que, se expresa la sexualidad perversa polimorfa del pequeño poniendo de manifiesto el drama edípico, el complejo de castración y las pulsiones parciales. Sin embargo, ante el estudio de la sexualidad infantil, Freud encuentra limitaciones en este dualismo pulsional, ya que el mismo no permitía abordar un nuevo fenómeno que se presentaba en su clínica: la compulsión a la repetición, de la que se desprenderá, más tarde, el concepto pulsión de muerte. Para tratar dicho concepto se sirve del concepto de principio de placer estableciendo que el aumento de la tensión pulsional produciría displacer y la satisfacción de la misma produciría placer. De todas formas aparece el principio de realidad que sería el encargado de mediar, es decir permitir mediante el rodeo cierta tolerancia al displacer. Entendiendo que el sujeto vivencia toda tensión como displacentera es que Freud desarrolla el concepto de pulsión de muerte, siendo asociado a la quietud y tranquilidad, volviendo a lo inorgánico. Dicha modificación en la teorización de lo pulsional, mediante la introducción de un nuevo dualismo entre la pulsión de vida y la de muerte, propició un estudio profundo acerca del masoquismo y el sadismo, así como del comportamiento del ser humano inmerso en la cultura, quien debe "luchar" contra las exigencias culturales: donde Eros y pulsión de muerte se presentan en una constante tensión y una ligazón profunda que permitió generar una nueva comprensión del comportamiento del sujeto a nivel cultural.

Referencias Bibliográficas

- Cabrera, P. (2005). *Freud o las problemáticas en torno al malestar en la cultura*. Universidad de Chile, Santiago, Chile. Recuperado de:
<http://repositorio.uchile.cl/bitstream/handle/2250/106451/Freud.pdf?sequence=3&isAllowed=y>
- Castro, G. (2011). Pulsión de muerte: nostalgia por la armonía perdida. *Wímb lu. Revista electrónica de estudiantes* 6(1). Esc. De Psicología. Universidad de Costa Rica, 23-38.
Recuperado de: <https://revistas.ucr.ac.cr/index.php/wimblu/article/view/1183/1246>
- Freud, S. (1893-1895). *Estudios sobre la histeria (J. Breuer y S. Freud)*. En: Obras Completas, Vol. II, pp. 71-123. Buenos Aires: Amorrortu, 1985.
- Freud, S. (1905) *Tres ensayos de teoría sexual*. En *Obras Completas, Vol. VII*, pp. 109-224. Buenos Aires: Amorrortu, 1985.
- Freud, s. (1909). *Análisis de la fobia de un niño de cinco años*. En: Obras Completas, Vol. X.

- Buenos Aires: Amorrortu, 1986.
- Freud, S. (1915a). *Introducción del narcisismo*. En: *Obras Completas, Vol XIV*, pp. 65-104. Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- Freud, S. (1915). *Pulsiones y destinos de pulsión*. En: *Obras Completas, Vol. XIV*, pp. 105-134. Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- Freud, S. (1920). *Más allá del principio de placer*. En: *Obras Completas, Vol. XVIII*, pp. 1-62. Buenos Aires: Amorrortu, 1985.
- Freud, S. (1923). *El yo y el ello*. En: *Obras Completas, Vol XIX*, pp.1-66. Buenos Aires: Amorrortu. 1992.
- Freud, s. (1923). *La organización genital infantil*. En: *Obras Completas, Vol. XIX*, pp. 141–176. Buenos Aires: Amorrortu, 1986.
- Freud, S. (1924). *El problema económico del masoquismo*. En: *Obras Completas, Vol. XIX*, pp. 161-176. Buenos Aires: Amorrortu, 1985.
- Freud, S. (1930 [1929]). *El malestar en la cultura*. En: *Obras Completas, Vol. XXI*, pp.57-140. Buenos Aires: Amorrortu, 1985.
- Freud, S. (1950[1895]). *Proyecto de psicología*. En: *Obras Completas, Vol. I*, pp. 323-446. Buenos Aires: Amorrortu, 1985.
- Laplanche, J., Lagache, D. y Pontalis, J. (1996). *Diccionario de psicoanálisis*. 1 st de. Barcelona: Paidós.
- Nadeje Pereira Barbosa, M. (2018) Acerca del Trieb [pulsión] en Freud. *Investigaciones en Psicología* 23 (1). Facultad de Psicología, UBA, Buenos Aires. Recuperado de: http://www.psi.uba.ar/investigaciones/revistas/investigaciones/indice/trabajos_completos/anio23_1/nadeje.pdf
- Niño, M. Victoria. (2009). Análisis de la fobia de un niño de cinco años (caso “juanito”)... cien años después de publicado. *Psicoanálisis: Revista de la Asociación Psicoanalítica Colombiana*, XXI(1), pp. 143–153. Recuperado de: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3674145>
- Pisani, F. (2013). *Clínica y escritura del caso: el Hombre de las Rata* (Tesis de Maestría) pp. 32-39. Universidad de Chile. Recuperado de <http://repositorio.uchile.cl/>
- Samat J. (2006). *Conceptos fundamentales del psicoanálisis freudiano*. Facultad de Filosofía y Humanidades. Universidad Católica de Cuyo. Recuperado de: <https://es.slideshare.net/HoracioGregorioDonik/conceptos-fundamentales-del-psicoanalisis-freudiano>